

---

---

## COMBATE DE "CUATRO CIENEGAS."

(6 DE MAYO DE 1912.)

---

El año de 1912, en el florido y cálido mes de Mayo, se abre el ciclo épico de la División del Norte, y este mes propicio a la Patria que sobre sus luminosos días llenos de flores eleva el orgulloso monumento de las victorias de 1862 contra el invasor extranjero, es también favorable al Cuerpo expedicionario que acaudilla el General Huerta.

En este sólo mes libra la División tres combates y dos batallas y mientras avanza hacia la región septentrional, dirigida obstinadamente hacia el Norte "con un simbolismo de brújula," según la justa imagen de un Jefe de esas legiones<sup>1</sup> va dejando sobre los campos que Mayo enflora un insólito y dilatado surco de laureles. En cada huella del caballo de Atila cayó la simiente de un lauro que abonado por las cenizas del incendio vandálico y por la sangre de los malos hijos de la Patria, medró, prosperó y con la sombra de sus bravos y agudos follajes ofreció a la sociedad los primeros oasis en medio del asolado desierto de barbarie. . . . Esos triunfos primeros del mes de Mayo, las jornadas de "Cuatro Ciénegas" y el Tlahualilo, preludio de las fuertes batallas posteriores, arrancaron a la sociedad los crespones del luto que guardara desde el primer Rellano, cuando con la confianza en sus destinos, la Patria parecía haber perdido todo, hasta la fe en el Ejército, como una deidad armipotente y venerable que a la postre, inerme y despojada de todo, al

1. El hoy Coronel D. Víctor M. Corral.

levantar el brazo en un supremo ademán para librarse de las últimas infamias, sintiera junto a su rostro, no el broquel adamantino, sino la viscosa y gesticulante cabeza de la Medusa!

Si el estampido de los primeros cañonazos de la División del Norte debieran compararse con algo bienhechor al resonar en la conciencia pública, habría que asemejarlos al retumbar tempestuoso, presagio de próximas lluvias fecundas sobre una comarca maldita cuyos habitantes murieran silenciosamente de hambre y de sed.

Así, con un impulso de resurrección, con un vislumbre de lejana pero cierta palingenesia, se incorporó el espíritu público, cuando el viento septentrional, primer rapsoda de la brava epopeya, trajo del Norte entre sus fuertes alas el tronar de la artillería y sobre tan formidable música, compases de dianas victoriosas y vagos murmullos, como girones de estrofas que decían el heroísmo resurrecto de los bravos soldados federales!

Pobres soldados, de cuyo estoicismo congénito, de cuya bravura indestructible y legendaria se llegó a dudar amargamente, cuando la Patria en el síncope mortal que puso en su rostro máscaras de agonía, pareció muerta entre el sacrílego y profanador tumulto de las ambiciones y de las ineptitudes! . . .

Pobres soldados, que no sólo eran soldados sino en el caso eran también "Balas de Carne," "Proyectiles Humanos" como esos héroes que convirtieron su vida rápida y deslumbrante en la parábola de un proyectil; del deber a la muerte, del heroísmo a la gloria, rayando el cielo de la epopeya con trayectorias de oro, con flameantes curvas de falárica y que así alumbraron el cielo negro y opresor de la marcial tragedia!

Como esos héroes que a la admiración y a la veneración del mundo presentó el héroe de Puerto Arturo, el subteniente Tadayoshi Sakurai en su obra portentosa "Ni-Ku Dan," así fueron desde que se inició la campaña de la División del Norte, los soldados mexicanos, quienes no en vano parecen

físicamente los hermanos gemelos de los invencibles nipones. . . .

Y llegó a dudarse de ellos. . . . y se dijo que los generales no tenían soldados cuando, precisamente sucedía lo contrario, y era justamente a los soldados a quienes les faltaba un general. . . .

\* \* \*

Ese general surgía por fin y elevándose sobre los estribos de su caballo de batalla, después de organizar sus fuertes legiones, a la cabeza de ellas, hacía visibles los gestos mudos de serena confianza y de repentino arrojo que, según Napoleón, subyugan y convencen a las tropas, más que las palabras altisonantes de las acostumbradas arengas. . . .

\* \* \*

Desde Cuatro Ciénegas (6 de Mayo) hasta Balleza (4 y 5 de Agosto del mismo año de 1912) se extiende el ciclo guerrero de la División del Norte, a través del Tlahualilo: **Conejos**, **Pedriceña**, **Rellano**, **La Cruz** y **Bachimba**. . . .

Cuatro Ciénegas fué el combate inicial, el capítulo primero de la Leyenda de Oro.

El día 5 de Mayo, precisamente cuando los Jefes y Oficiales conmemoraban en su improvisado "mess" de campaña el triunfo obtenido en Puebla, medio siglo antes, por el inmortal Zaragoza sobre el invasor francés, llegaron a Monclova las exasperantes noticias de que los foragidos al mando de Inés Salazar, Lázaro Alanís y otros de su laya se encontraban en el Valle del Sacramento después de haber desalojado a las tropas auxiliares leales de las posiciones de Puerto del Carmen y Puerto del Apache. Hasta el grupo de Oficiales que vigorizaban su espíritu con las reminiscencias de la alta gloria militar aquel día conmemorada, las noticias llegaron provocando sorda indignación transformada en entusiasmo bélico, cuando se supo que del Cuartel Ge-

neral llegaban órdenes para marchar inmediatamente sobre el audaz enemigo.

La brigada Trucy Aubert destinada a entrar en combate se había organizado en Torreón con fuerzas del 23º Batallón, 56º Cuerpo Rural, Cuerpo Auxiliar de San Luis Potosí, una Sección de Artillería de Montaña, una batería de Ametralladoras y una Sección Sanitaria, reuniendo el total de 6 Jefes, 30 Oficiales, 991 hombres de tropa, 8 caballos y 77 acémilas, a los que se unieron cien voluntarios de Nuevo León y otros tantos infantes al mando respectivo del Capitán Garza Cantú y del Coronel Alberto Guajardo.

La mañana del día 6, dos trenes militares partieron conduciendo las fuerzas de la brigada al sitio del combate, saliendo el primero a las 8.30 a. m. a las órdenes del Teniente Coronel Serafín González; y el segundo, veinticinco minutos después al mando personal del General Trucy. La moral de las tropas perfectamente armadas, vestidas y municionadas, era excelente, y constituía un resultado de la organización impecable y previsorá con que el Jefe de la División supo fortalecer material y moralmente a sus legiones. El espíritu de la oficialidad, templado con las inflexibles convicciones del deber social y del honor militar, se había comunicado a las tropas, y lo que era austera convicción en el pensamiento de los Jefes, surgía en forma de entusiastas canciones por la boca de los "juanes," y se desbordaba en sonoro torrente por las ventanillas y plataformas de los trenes que iban raudos sobre los rieles inexorables y rectos, como el símbolo mismo del deber militar.

Antes del Puerto del Cármen, que como el Puerto del Apache es una de las dos entradas orientales del Valle del Sacramento, teatro de la inmediata lucha, desembarcaron las tropas tomando al punto el dispositivo de combate, iniciando la pugna con el ataque simultáneo de los dos Puertos mencionados.

Las ametralladoras prepararon dichos ataques, se emplazó la Artillería que bañó con sus fuegos las posiciones enemigas, mientras la Infantería avanzaba, sin que llegara a consumarse el asalto, pues

ante el fuego de cañones y ametralladoras, el enemigo, desorganizado por el pánico, abandonó sus posiciones ocupadas al punto por la Infantería leal, sostenida por las ametralladoras encumbradas á brazo hasta las alturas conquistadas. En esta faz del combate cayó herido el Teniente Coronel Serafín Hernández, quien marchó casi en la línea de fuego de sus tiradores, y el enemigo tomó posesión del mencionado Valle del Sacramento, que con las entradas orientales conquistadas y la única salida al Poniente del Puerto del Salado, formaba una especie de circo gladiatorio ofrecido por la naturaleza misma como teatro del combate que reseñamos.

Dentro de ese circo y en las vertientes de las montañas septentrionales, tuvo lugar la segunda faz de la acción de guerra.

Debe advertirse que atraviesan el Valle, de Oriente á Poniente, como dos líneas paralelas, tanto la vía férrea de Monclova a Cuatro Ciénegas, como el camino carretero.

Las tropas federales, al iniciar la segunda faz del combate, entraron al Valle dejando bien guardado el Puerto del Apache que acababan de conquistar. Formaban el ala izquierda de los leales, tropas del 23 batallón, que avanzando en tiradores, se posesionaron con sus sostenes, de un pequeño cerro, a la vez que el enemigo ocupaba otra eminencia dentro del Valle y presentaba parte de sus tropas tendidas perpendicularmente a la vía férrea.

En tal situación se reanudó el combate atacando vigorosamente al enemigo en sus nuevas posiciones por la acción simultánea de las ametralladoras que detuvieron y frustraron su impulso de avance hacia el Puerto del Apache y por el movimiento envolvente de la línea de tiradores al flanco derecho de los rebéldes.

Previo reconocimiento, por treinta dragones del Coronel Guajardo, de las posiciones enemigas, que según se vió luego eran atrincheramientos de cercas de piedra, y una vez fijadas, se emplazó la Artillería en una plazoleta, junto al tanque del ferrocarril, llamado "La Polca." La Infantería, bajo el nutrido fuego enemigo, avanzó aprovechando los acci-

denes del terreno, y la Artillería federal efectuó al punto un fuego de ráfaga que obligó a los rebeldes a desalojar sus posiciones ante la inminencia de ser aniquilados.

En tales momentos la Infantería se lanzó al asalto con ímpetu tal, que el enemigo huyó sin aguardarlo, abandonando el campo en absoluta dispersión y siendo en su desordenada fuga cañoneado por la artillería...

\*\*\*

El combate se decidió pues, en favor de las armas federales. Si el General en Jefe hubiera dispuesto de Caballería, lanzándola al Puerto del Salado, la única salida occidental del Valle del Sacramento, habría conseguido encerrar dentro de él al enemigo en fuga, convirtiendo su absoluta derrota en total aniquilamiento.... Pero en sus condiciones la persecución se continuó sólo hasta la salida del referido Puerto del Salado. Luego con el inebriante orgullo del triunfo se principió á levantar el campo, operación que hubo de reanudarse al día siguiente, pues el marcial episodio que hemos reseñado llenó todas las horas del día no terminando sino con el crepúsculo.... En las ansias de su angustiosa fuga, el enemigo desbandado corría hacia el Poniente, y en la trágica sangre del cielo occidental y en la fiava lumbre del astro que se derrumbaba en la sombra, debe haber visto el símbolo de sus trágicas derrotas y el horóscopo de sus lamentables destinos!

En cambio, cuando en el Valle del Sacramento acamparon las tropas leales entregándose al cansancio tras del esfuerzo de la épica jornada, lucían los astros de la clara noche de Mayo con el brillo magnífico que asumen a los ojos del soldado las condecoraciones heróicas, y una estrella errante cruzó el cielo sobre el campamento silencioso, como una refulgente rama de laurel desprendida para aquellos bravos desde los altos jardines siderales!

\*\*\*

El parte militar de este combate, rendido á la Superioridad por el General en Jefe, menciona con encomio la conducta del Coronel del 23 batallón Serafin Hernández y del Subteniente del mismo Vicente Macías, cuyo arrojo no amenguó ni en fuerza de las heridas que los desangraran sobre el mismo campo de batalla; al Mayor Médico Jesús Alemán Pérez, modelo de solicitud hacia los heridos y de honor profesional; al Sargento Aniceto Trejo, que desempeñó durante todo el combate el difícil papel de oficial de órdenes; y por fin, pero de manera especial, al Jefe del E. M. Coronel Carlos García Hidalgo, quien con atingencia digna de todo encomio desarrolló con brillante eficacia todo el plan de combate y logró por sus sabias disposiciones afianzar en ciertos instantes la victoria insegura.

CAPITULO V